



Queridas hermanas:

Ayer 11 de julio, a las 21 horas (hora local), ya en la luz del XV domingo del T.O., en el Hospital “Michele e Pietro Ferrero” de Verduno (CN), el Padre bueno llamó a sí, para elevar en eterno el canto nuevo de los salvados a nuestra hermana

CERRI ANGELA HNA. MARIA ASSUNTA
nacida en Sant’Angelo Lodigiano (Lodi) el 21 de junio de 1934

Recordamos su rostro radiante, siempre dispuesto a sonreír, su sencillez y su entusiasmo por vivir la vocación paulina, por difundir con generosidad y verdadera pasión la Palabra. Sobre todo, recordamos su hermosa voz y su dedicación a acompañar y dirigir el canto litúrgico. Generaciones de paulinas han aprendido de ella el ritmo, los tonos y los secretos para vivir las distintas celebraciones como expresión de la belleza de Dios. Transmitía el entusiasmo por la alabanza divina que se expresaba en los solemnes coros a varias voces, acompañados por el órgano de la iglesia del Divino Maestro de Alba, que ella misma tuvo el honor de inaugurar hace más de sesenta años.

Pertenecía a una numerosa familia lombarda de la que había heredado la laboriosidad, la alegría de la vida en comunidad y un marcado sentido religioso. Ingresó en la congregación en la casa de Alba el 25 de marzo de 1952, siguiendo el ejemplo de su hermana, la hermana Antonia, fallecida en el año 2000. En la Casa Madre, desde sus primeros tiempos, la hermana M. Assunta había aprendido el arte de la encuadernación y el secreto de la mística apostólica, aprendiendo también a ofrecer el esfuerzo diario para que la Palabra pudiera llegar, en una forma adecuada, al corazón de tantas personas sedientas de verdad.

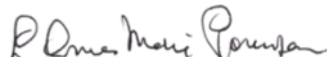
Tras una breve experiencia apostólica en la diócesis de Brescia, llegó a Roma para realizar el noviciado, que concluyó con la primera profesión, el 19 de marzo de 1955. Posteriormente regresó a la Casa Madre para dedicarse a la difusión itinerante del Evangelio y de las publicaciones paulinas. En la solemnidad de San José de 1960, al término de un período de formación, hizo en Roma la profesión perpetua. Retomando su servicio en las máquinas de encuadernación de la concurrida encuadernadora romana, junto con los ejercicios de órgano y la dirección del canto sacro. El ruido de la cortadora de papel y las melodías litúrgicas favorecían en ella una maravillosa síntesis de vida.

Prestó su ayuda durante algunos años en la Casa Generalicia, en el Centro de Misiones Paulinas y, posteriormente, en el depósito de libros de Milán. Desde 1981 se encontraba en Alba: cuarenta y cinco años ininterrumpidos vividos en la entrega silenciosa, creyendo firmemente en la eficacia de la Palabra que tenía a diario entre sus manos en las instalaciones del apostolado técnico. Una Palabra que también se convertía en revista y que ella difundía con gran pasión, buscando y renovando, entre las familias de Langhe y de Roero, las suscripciones anuales. Cada periódico era para ella una luz que debía hacer brillar por todas partes. La acompañaba una ferviente devoción mariana. Se la conocía como la *monja del rosario*... ¡Cuántos rosarios rezados, cuántas *avemarias* susurradas, cuánta devoción mariana atestiguada y difundida!

Desde algunos años se encontraba ingresada en la enfermería de Alba, aquejada de graves enfermedades, especialmente de cáncer y cardiopatías. Lo que apresuró su próximo encuentro con el Señor fue una grave insuficiencia renal que la obligó a ser ingresada urgentemente en el hospital. Hace solo unos días, en su habitación del hospital, quiso expresar con alabanza el fuego que ardía en su corazón, entonando en voz alta el *Ave María* y el *Santo*, síntesis de la espiritualidad que la había sostenido a lo largo de toda su vida. Y luego, en el silencio de aquella habitación, acompañada por el cariño de las hermanas y del personal médico, dejó este mundo para ir al Padre y contemplarlo ya no de forma velada, sino abiertamente, en plena luz.

Con afecto

Roma, 12 de julio 2026


Hna. Anna Maria Parenzan